BRÚJULA COTIDIANA

Director Riccardo Cascioli

HECHOS PARA LA VERDAD

SANTOS Y GASTRONOMÍA / 18

San Eligio: Cómo glorificar a Dios con el arte de la orfebrería

CULTURA 09_10_2021

Liana Marabini

El joven rey está sentado en una silla de brazos altos que descansa sobre una pequeña plataforma cubierta de tela azul. Su barba rubia y rizada y sus labios carnosos le confieren cierta sensualidad. Sus brillantes ojos azules se centran en la gran puerta que

da a la sala del trono. Finalmente, la puerta se abre y un joven vestido con sencillez se dirige hacia él. El joven se inclina y el rey le da la bienvenida. Luego le pregunta si ha traído consigo el trono que había encargado y si el oro que le había dado para su construcción era suficiente.

El joven artesano hace una señal y dos ayudantes traen a la sala un magnífico trono hecho completamente de oro macizo. La colocan a los pies del rey, que se levanta de su sillón y se acerca a admirarlo. Está evidentemente contento, sus ojos brillan y una sonrisa de satisfacción inunda su rostro. Pero el artesano hace de nuevo una señal a sus ayudantes, que salen y regresan inmediatamente con un segundo trono, más pequeño, pero también de oro macizo y de magnífica factura.

Ante el asombro del rey, el joven explica que había suficiente oro para hacer dos tronos. El rey no pudo ocultar su asombro ante tanta honestidad.

Aquel día de agosto de 614 nació entre ambos una sociedad que duraría incluso más allá de la muerte del rey, que no era otro que Clotario II (584-629), rey de los francos, bisnieto de Clodoveo. Frente a él estaba Eligio de Noyon (588-660). Nació en una ciudad de provincias cerca de Limoges en el seno de una familia muy modesta, pero desde muy joven mostró un don: una gran habilidad para fabricar objetos preciosos. Así que fue enviado a trabajar en el taller de un orfebre local, Abbón, y su fama creció en poco tiempo, tanto que atrajo la atención del rey, que le confió una cantidad de oro suficiente para construir el trono.

Gracias al episodio de los dos tronos, Eligio fue nombrado orfebre de la corte y maestro de la ceca por el rey. Siguió promoviendo el arte de la orfebrería. La leyenda le atribuye numerosas obras (hoy perdidas en su mayor parte): los vasos sagrados y otros muebles para las iglesias parisinas de Notre Dame y Saint Denis, Saint Loup en Noyon, Saint Martin en Limoges y la abadía de Chelles.

El sucesor de Clotario II, su hijo Dagoberto I (603 - 639), ascendió a Eligio al cargo de tesorero. Durante estos años, dado su talento como pacificador, el rey le confió también algunas delicadas misiones diplomáticas que han quedado en la historia: por ejemplo, restableció la paz entre los francos y los bretones convenciendo al rey Judeel de que se declarara súbdito de Dagoberto. En la corte franca conoció a muchas personas destinadas a ser proclamadas santas, como Sulpicio, Desiderio y Audoenus.

E medios económicos para ayudar a los necesitados. Su "especialidad" era el rescate de prisioneros, pero ayudaba a todos los pobres y

enfermos cuyos caminos se cruzaban con el suyo. Tuvo un discípulo que también llegó a ser santo: San Tillon (Thillon) –vulgarmente Til o Théau-, hijo de uno de los jefes sajones aplastados por Clotario II y vendido como esclavo, al que Eligio había rescatado de la esclavitud y formado en la vida cristiana y que llegó a ser abad de Solignac antes de retirarse como ermitaño a Brageac.

Además, Eligio financió la construcción de numerosas iglesias y monasterios según la regla de San Columba de Luxeuil. En 632 fundó un monasterio en Solignac, al frente del cual colocó al abad Remaclo, y en 633 el monasterio femenino de San Marcial de París (que más tarde se convirtió en el convento de San Eligio), al frente del cual colocó a la abadesa Aurea.

En el año 639 murió Dagoberto I, y un año después Eligio, aunque todavía era un laico, fue elevado a obispo de la diócesis de Tournai. Posteriormente fue consagrado el 13 de mayo de 641. A partir de entonces, Eligio se dedicó a la conversión de los paganos aún presentes en su vasta diócesis (especialmente en el norte) y promovió el culto a los santos cuyos cuerpos encontró (san Quintín, san Luciano de Beauvais) y cuyos relicarios también fabricó.

Tras su muerte, san Audoeno escribió su biografía, que también inspiró a Jacopo da Varagine (1228-1298) a escribir su propia vida, enriqueciéndola con numerosos episodios tomados de leyendas populares que incluyó en la *Legenda Aurea*.

San Eligio es autor de un milagro: se dice que, bajo la dirección de Jesús (de quien había tenido una visión), volvió a unir la pata a un caballo indomable al que había tenido que cortársela previamente para poder ponerle la herradura. Este episodio le hizo muy popular en la Edad Media y le convirtió en el patrón de los herreros y veterinarios (además de serlo de orfebres y numismáticos). El Martirologio Romano fija su memoria litúrgica el 1 de diciembre y en su fiesta, en algunos lugares de Francia, se bendicen los caballos. La tradición también se encuentra en Italia, por ejemplo en Sciara, en la ciudad metropolitana de Palermo, y en el Casale del Pozzo di Nocera Inferiore, en la provincia de Salerno. Su culto también está atestiguado en Sansepolcro, en el Alto Valle del Tíber, donde se le rinde culto en la iglesia de Sant'Antonio Abate, sede de la cofradía del mismo nombre y del gremio de orfebres.

Eligio llevó el arte de la orfebrería a un grado de perfección extraordinario para su época: sus obras más notables fueron los bajorrelieves de la tumba de San Germán, obispo de París; también creó un gran número de relicarios destinados a contener reliquias sagradas; los dos asientos de oro enriquecidos con piedras preciosas que

realizó para Clotario II y muchas otras de estas obras aún podían verse en 1789, antes de que fueran destruidas por la Revolución Francesa. También contribuyó en gran medida a la erección de numerosos monumentos religiosos.

Eligio se convirtió en santo con el Papa Pío XI por el milagro que realizó por su intercesión en 1937 a Angela Mignogna, de Taranto (Italia), que padecía cáncer de útero.

Se le suele representar como obispo u orfebre, o más raramente con atributos de ambas profesiones.

El encanto de su historia reside en su complejidad humana: fue un hombre del Renacimiento siglos antes de que existiera este periodo histórico. Un artista y artesano sin igual, un diplomático y ministro, un obispo, pero sobre todo un hombre de fe y caridad, en definitiva, un hombre de Dios.